



LA HOJUA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

MINGO REVULGO
El amor vuela.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR
¡Vive feliz!...

LUIS DE OSSA
Venganza, placer de dioses.

FERNANDO AMADO
La inocencia de Clarita.

CEFERINO R. AVECILLA
Con un relojito de esos de pulsera.

FÉLIX RECIO
Lo que llevaba el correo.

R. LUJÁN FAYOS
Íntima.

LUIS ESTESO
De un agente.

CLEMENTE DE CASTRO
En Constantinopla.

**TOVAR, DEMETRIO, BARBERO
y ENRIQUE**

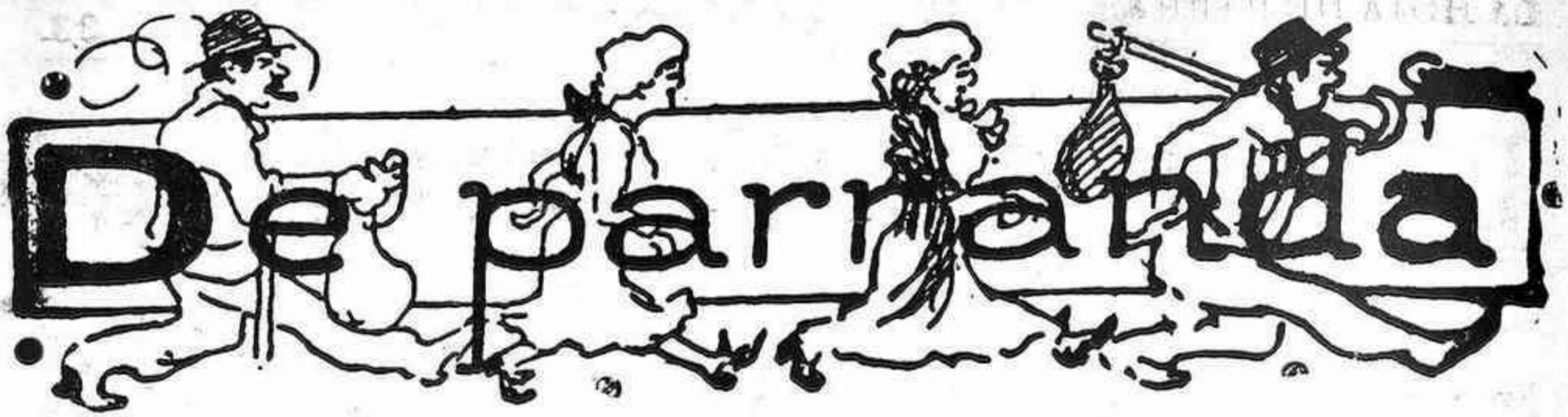
(Caricaturas y retratos de Luisita Vi-
cente, La Fornarina, Cefeirino R. Ave-
cilla y otros dibujos.)



LUISITA VICENTE

Valenciana muy mona, que abandona su hogar burgués
para recorrer mundo cantando «couplés»...

5 cénts.



**SEÑORAS Y SEÑORES: ME PARECE
QUE «NO HAY DERECHO» Á TRABAJAR EN 13**

Sábado, 13 de Julio de 1912.

Queridísimos Antonio de Lezama y Paco
Gómez-Hidalgo:

Por ser hoy 13 no hay DE PARRANDA.

¡Que conste!

Claro es que pude escribirla, por ejemplo,
anteayer once; mas, como salía EL LIBRO
POPULAR, no estaba entonces para hacer
coplitas.

¡Bueno fuera que «andóval», un hombre
que escribe tanto, no hubiese de holgar
cuando se le antojel

Leyendo *La infanticida* me pasé toda la
noche, pues me la tiré dos veces al colete y,
qué de montrel, me dormí (si no en las pa-
jas, porque no gasto jergones á estilo de po-
sadero de mala muerte; ni sobre plumas,
pues éstas las guardo para escribir las can-
ciones con que os suelo dar la lata); me dor-
mí—decía—¡conche!, de un modo tal, que
me río de marmotas y lirones.

También pude hacer las coplas ayer, que
era día doce; pero... ¿y la ley del descanso
dominical?

¡Ah, señores!

¿Y el precepto de ir á misa, cual fiel cris-
tiano?

¿Y los goces del hogar?

¿Y los novillos?

¿Y el recalar en la *Bombi*, terminada la
corrida, para «marcarme» en el «chotis»
unas cuantas posturitas de «punto de
baile»?

¡Córcholis! Si uno no guarda las fiestas de
guardar, ¿qué guarda entonces?...

Debía holgar todo el año de 1912 pues
sus cifras suman 13 (como verá quien lo
ignore, sólo con echar la cuenta); mas eso
ya, ¡caracoles!, sería verse en el trance de
despedirse del *coci* por los siglos de los si-
glos, pues quien no escribe no come.

Total: que, con ser hoy 13, no hallo ma-
nera ni *combi* de escribir mi DE PARRANDA.

Podéis llevarme á la *Comi*; podéis hacer
que me prendan; podéis pedir que me ahor-
quen, por faltar al compromiso que tengo
con los lectores de hacer todas las semanas
uso de mis «condiciones» de cronista sica-
líptico.

Pero los que me conocen, como vosotros,
ya saben que es inútil que me toquen á mi
«amor propio» de artista, viniéndome con
canciones; pues yo, en 13, así me zurzan, no
cumpló con los lectores la obligación con-
traída de ir de parranda.

¡Que conste!...

—¿Por qué—al ver que hoy era 13—no
guardásteis al 14, con lo cual me hubiese
visto libre de supersticiones, hechicerías,
presagios y sortilegios, y entonces yo habie-
ra escrito mis coplas con gusto, y hasta con
goce?

Pero en 13, ¡no las hago!...

Pidiéndoos, pues, mil perdones por el
trastorno que os cause, y otros mil á los lec-
tores, me retiro por el foro sin decir oxe ni
moxte...

Lo firmo á 13 de Julio de 1912.

Carlos Miranda

EL AMOR VUELA

I



FELIPÍN era el dependiente de comestibles más audaz, más soñador, más enamorado y más poeta de cuantos despachaban fideos finos en la calle de la Arganzuela.

Amar locamente á Dorotea—la hija de su principal—; embeberse hasta el éxtasis con las fantásticas narraciones de Julio Verne y escribir sonetos al dorso de las facturas, eran sus tres debilidades. No llamarse a'go así como Armando, Adalberto ó Adelardo, no tener el pelo rubio y rizado y padecer de sabañones, eran sus tres pesadumbres.

Y, á pesar de todo, Felipín era completamente feliz.

Teita, como él llamaba á su bien amado—pues le parecía poco romántico eso de Dorotea—, pensaba en un todo como nuestro fantástico dependiente.

Ella, como él, sentía un gran desprecio por el prosaico ambiente del mostrador, por la falta de aire y de luz, y por el bacalao de Escocia.

Y él, en cuanto tenía ocasión, resarcía á su amada de estos prosaismos leyendo un capítulo de *Siete semanas en globo* ó pintando el amor que ardía en su pecho con un soneto que empezaba, casi siempre, así:

*Tus ojos, que parecen los de un queso,
y tus labios, de guinda almibarada...*

Una noche, Felipín, que se ocupaba en bajar á la cueva medio vagón de huevos recién llegados de Castilla, tuvo una idea grande, sorprendente, digna de él.

Con ellos en la mano iba y venía incesantemente pensando en sus amores con la hija del principal.

—¿Qué hago?—pensaba—. ¿Pedírsela al padre y casarme con ella simplemente, vulgarmente, al igual de casi todos los mortales?... ¡Bah! Eso sería indigno de Julio Verne y de mí... ¿No se la pido al padre, sino que la meto en un *simón*, bajo las cortinillas, vierto en su oído dos frases tropicales y la hago mía en el interior del vehículo?... No, no; esto me parece también indigno de Julio Verne... pero no de mí, pues eso fué lo que hice con la Feliciano, la hija del dueño de la tienda anterior. ¿Qué haré, Dios mío, qué haré?... Porque yo necesito hacer



—¿Verdad que aquí se está mejor que en San Sebastián?

—Yo lo único que echo de menos es el bañero.

algo, y algo que sea nuevo, que asombre á la gente, que sea, en fin, un capítulo de novela... ¡¡Ah!!... ¡¡Ya está!!...

Dijo, dió un salto, de puro alborozado, y al caer quedaron destrozados sus dos ó trescientos huevos que aún faltaban por transportar.

Y no pensó más; apagó la única luz que quedaba en la tienda, fué á su cuarto, se puso el chaquet más mareante, se caló el flexible y, con los pies en el aire y la imaginación en las alturas, encaminóse al nido de Dorotea, mascullando este principio de madrigal que se le acababa de ocurrir:

*Cuando bajas los ojos
y te miras los pies,
me pareces más rica
que el jamón de Avilés.*

II

Amanecía. El gasómetro estaba completamente desierto. Un globo, inflado ya, se bambolesaba en el aire, aorisionado por las amarras. Era un Montgolfier de los más sencillos; en su barquilla podían pasearse dos personas.

Los vacilantes párpados del alba sorprendieron los pasos, vacilantes también, de una

ra, y, á las puertas del cielo, cantaré en odas nuestra dicha.

—Haz sonetos, mi bien, pero no odas.

—Este es mi plan, *Tetta*; un raptó en g'obo... Mañana se ocupará de nosotros todo Madrid; los periódicos darán aire á la aventura; seremos populares... ¡ya verás, ya verás!

—Sí; pero, ¿y mis padres?

—Tus padres se indignarán mucho al principio; pero en seguida caerán en la cuenta de que dos jóvenes que se aman, que se anhelan, y que cruzan solos por la altura de la torre de Santa Cruz... están pidiendo á voces los papeles y un ramo de azahar.

—¡Ay! Felipe...

¡Me da miedo!

—Anda, tonta, que lo vamos á pasar muy bien; yo, por las novelas, tengo ciertas nociones de aeronauta. Mira, en cuanto soltemos las amarras y el globo se eleve, nos tumbamos en la barquilla... Y una vez tumbados, ¡que vengan ráfagas!

—Pero...

—No hay tiempo que perder... Es casi de día... ¡Vamos!...

Dorothea subió al fin. Felipe, de un salto, se zambulló también en la barquilla, soltó las amarras... y á los pocos segundos el g'obo se elevaba lentamente.

III

En la tienda de co-

mestibles de la calle de la Arganzuela fué trágicamente definitivo aquel amanecer.

El tendero echó de menos al dependiente; la tendera notó la falta de su hija, y, atando cabos, comenzaron á sospechar la terrible verdad.

Y él, blandiendo un garrote, y ella, blandiendo la lengua—mucho más terrible que un garrote—se lanzaron á la calle y empezaron á «olivi»ntar á los vecinos.

—¡Mi hijal

—¡Nos la han robado!

—¡Y ha sido él!

—¡El sinvergüenza del dependiente!



El doctor.—¡Esto no es nada! Una ligera alteración del sistema nervioso, que se le pasará en cuanto su esposo regrese de viaje.

Ella.—¿Y no hay medio de que se me pase ahora mismo?

pareja de enamorados que se dirigía á la rotonda donde estaba el globo.

—¡Felipe!

—¡Dorothea!

—¡Por Dios!... ¿Dónde me llevas?

—¿Dónde?... ¡Allí!... Dentro de pocos minutos subiremos al cielo.

—¡Ay!... ¿Nos vamos á suicidar, verdad?

—No lo creas, *Tetta*. Nos vamos á meter en esa barquilla, vamos á dejar libre ese globo, y nos vamos á elevar, á elevar mucho y, una vez en los aires, nos daremos un beso muy largo, muy largo; y por encima de las nubes, describiré en sonetos tu hermosu-

— Socorro!
— ¡Guardias!

Fue un griterío ensordecedor. Las comadres, en las esquinas; las vecinas, en los balcones, todos comentaban la fuga de Felipe con Teita.

— No puén estar muy lejos—decía una.

— A lo mejor están en un reservao de cualquier café—opinaba otra.

— ¡O en el R: tiro, faltando al arbolao ó contraviniendo las Ordenanzas municipales!...

Una voz, dominando todas las demás, dijo:

— ¡Un globoll

Todos miraron hacia arriba.

— ¿Quién será?

— ¿Dónde irá?

— No se ve á nadie en la barqui'la—dijo el tendero.

— Mira, déjate de globos y vamos á la Comisaría á denunciar á esos sinvergüenzas—observó la tendera.

No había acabado de decirlo, cuando de lo alto cayó una cosa que dejó suspensos á todos.

— ¡Un chaquetl—gritó la tendera.

— ¡Y mezcilla!... ¡Como que es el del dependientel—rugió el tendero consort.

— ¡Dios mío!... ¡Va en el globo!... Y con mi hijo!...

— ¡Nuestro honor está en el aire!...

Otra prenda que cae de arriba... y otro grito aterrador de la tendera.

— ¡La falda!... ¡La falda de mi Dorotea!...

Otra prenda; una blusa. Y luego un chaleco...

Y luego, el globo se eleva majestuoso... y aún cae otra prenda.

¡¡Era un corsé!!

.....
Mingo Revulgo.

LEA USTED EL JUEVES

EN LAS CAVERNAS

VIVE FELIZ!...

¡Virgen de negros y rasgados ojos
que ilusionas la senda de mi vida,
de gracia entre las gracias escogida,
de cintura gentil y labios rojos!

No te muestres esquiva á mis antojos,
ya que el alma á tus pies dejo rendida
y pues te sueño por mi amor vencida
no tornen tu desdén ni tus enojos.

Mas ¡ay! que en el luchar de mi existencia
ciego ante tus miradas, no comprendo,
que el daño pido al implorar clemencia.

Vive entre flores del amor huyendo,
¡no quiero que despierte tu inocencia,
y llore la pasión con que te ofendo!

Narciso Diaz de Escovar.



— Luego nos dará miedo regresar solas.

— Pues no pases cuidado, porque yo soy muy valiente y á veces capaz de hacer lo que un hombre,

— ¡Ay, no me lo harás bueno!

LAS MUJERES Y LOS REFRANES

A la mujer bailar y al asno rebuznar, el diablo se lo debió enseñar.

A la mujer barbuda, desde lejos se la saludaba.

A la mujer casta, Dios la basta.

A la mujer y á la viña, el hombre las hace garridas.

VENGANZA, PLACER DE DIOSSES



SEÑORITO, deme usted la cuenta, firme usted mi salida en la cartilla y páselo usted bien. No quiero continuar en esta casa.
—Pero, muchacha, ¿que arrebató es ese? Apenas hace quince días que estás á nuestro servicio y ya quieres dejarnos. ¿Por qué?

honrá, aunque me esté mal el decirlo, y no me gustan ciertas cosas que veo.

—¡Cómo! ¿Qué es eso?... ¿Qué has visto tú?

—Ná...

—No puedes volverte atrás, ni salir de aquí sin cantar de plano. ¿Qué ocurre?

—Ocurre, que... la verdad, la sefícrita...

—¿Qué tienes que decir de mi mujer? Acaba.

—Todos los días, al poco rato de irse usted á la oficina, viene aquí un caballero.

—¿Un caballero?

—Un caballero alto, guapo, joven y muy bien vestido.

—¿Más guapo que yo?

—Sí, señor.

—¿Cáscaras!... Prosigue.

—Así que llega, se encierra la señorita en el tocador, y allí se pasan la tarde los dos solitos.

—Solitos, ¿eh?

—Y no se marcha hasta media hora antes de volver usted.

—¿Y qué hacen?

—Eso, averígüelo usted.

—O Vargas.

—¿Quién es Vargas?

—Un mal educado que siempre anda averiguando lo que no le importa. Pero, dime: ¿tú no has oído ninguna palabra, ningún ruido

LAS NOCHES DE LOS JARDINES



—¡Aquí sí que se está á gusto! ¡Qué pena tenerse luego que meter en la cama para que toda la noche la estén á una sobando las chinches!

—¡Tontona, si soy yo!

—Por nada.

—Esa no es razón. Algún motivo habrá y necesito saberlo. ¿Te trata mal mi señora?

—Al contrario.

—¿Comes mal, trabajas mucho?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué quieres marcharte?

—Pues, *miste*, señorito; que yo soy mu

scspechoso? Habla claro.

—Pues más claro, agua.

—¿Y qué más?

—¿Más claro que el agua?... Parece usted tonto.

—Puede que lo sea. ¿Y la señorita, no te ha dicho nada acerca de esas largas visitas?

—Sí, señor; me ha dicho que ese jover es

un francés que viene á enseñarle la lengua...

—¿La lengua?

—La lengua francesa.

—Siendo un profesor...

—Es que dos tardes en que usted ha venido algo más temprano que de costumbre, la señora le ha escondido hasta que ha vuelto usted á salir.

—Eso es más grave... ¿Y dónde le ha ocultado?

—En el retrete.

—¿Qué ascol

—Eso digo yo.

—Oye, vas á hacerme un favor. Es preciso que la señorita ignore nuestra conferencia. Mañana vendré á sorprenderlos y te juro que mi venganza será terrible.

—¿Señorito, por Dios!...

—No temas: castigaré á los culpables y recompensaré espléndidamente tu buen comportamiento. A cuenta, toma un duro y..



Al día siguiente don Cleto regresó á su casa mucho antes de la hora acostumbrada; la esposa infiel ocultó al amante, medio desmayado de miedo, en el precipitado maloliente escondrijo, y á don Cleto le bastó interrogar á la sirviente con los ojos para cerciorarse del sitio en que se asfixiaba la víctima.

—Voy á salir otra vez—dijo acariciando á su mujer la barbita;—pero antes voy á pasar ahí...

Ella se interpuso en su camino, anhelante.

—¿Vas al...?

—Sí.

—No, no vayas... En la alcoba...

—Ya sabes que no me gusta, déjame...

—¡Pero, hombre!

—No seas tonta, mujer. Precisamente sólo voy á hacer lo que el respetable Ayuntamiento califica de «guas menores»...

Ella se dejó caer anonadada sobre una silla, presintiendo la catástrofe: pero don Cleto no abrió la puerta del retrete, contentándose con entornarla lo absolutamente indispensable. Después requirió el desorden de su traje, cerró la puerta herméticamente y dijo acercándose á su mujer y con acento más bonachón del mundo:

—Ya sé que tienes escondido á tu amante en el retrete. ¡Bueno te lo he puesto! Adiós.

—La señora dió un grito y se desmayó. El amante tuvo que comprarse un traje nuevo.

Después se supo por la portera que aquella tarde don Cleto bajaba las escaleras fro-

tándose las manos con aire satisfecho y murmurando:

—¡La venganza... el placer de los dioses!...

Luis de Ossa.



SUGERIDOS...

Una vieja muy fea da las gracias á un pintor que acaba de terminar su retrato.

—Es usted un artista excelente—dice ella.

—¡Oh, señora!—contesta el interpelado bajando los ojos ruborizado—; yo no soy más que un modestísimo pintamonas.



—Vamos á ver, ¿tú qué haces aquí?

—Pues mire usted, yo hago de todo, aunque me esté mal el decirlo.



LEA USTED EL JUEVES

EN LAS CAVERNAS

Novela por la Condesa de Pardo Bazán.

20 CÉNTIMOS

LA INOCENCIA DE CLARITA

LOS señores de Pompón son unos dignos ex merceros que se retiraron hace tres años del comercio con una fortuna de regular calibre, y cuya ambición actual consiste en casar á su hija Clara. Y como no hay buena renta que no disimule un mal

Clara lee una novela. De pronto pregunta la señora de Pompón, encarándose severamente con la niña:

—¿Qué estás leyendo?

—*La infanticida*, esa novela de Dicenta en *El Libro Popular*, que me diste anoche.

—Ya lo sé; pero observo que lees precisamente las páginas que te prohibí.

—Es que si no las leo se me queda en el aire la mitad de la trama. Además, no hay nada grave en ellas... un rapto.

—¡Cómol! — exclama aterrado el señor de Pompón—. ¿No te parece grave un rapto?

—Este, por lo menos, no lo es. Se casan en seguida.

—Por ahí debían haber empezado — dice la mamá.

—Sí, pero no los dejaban.

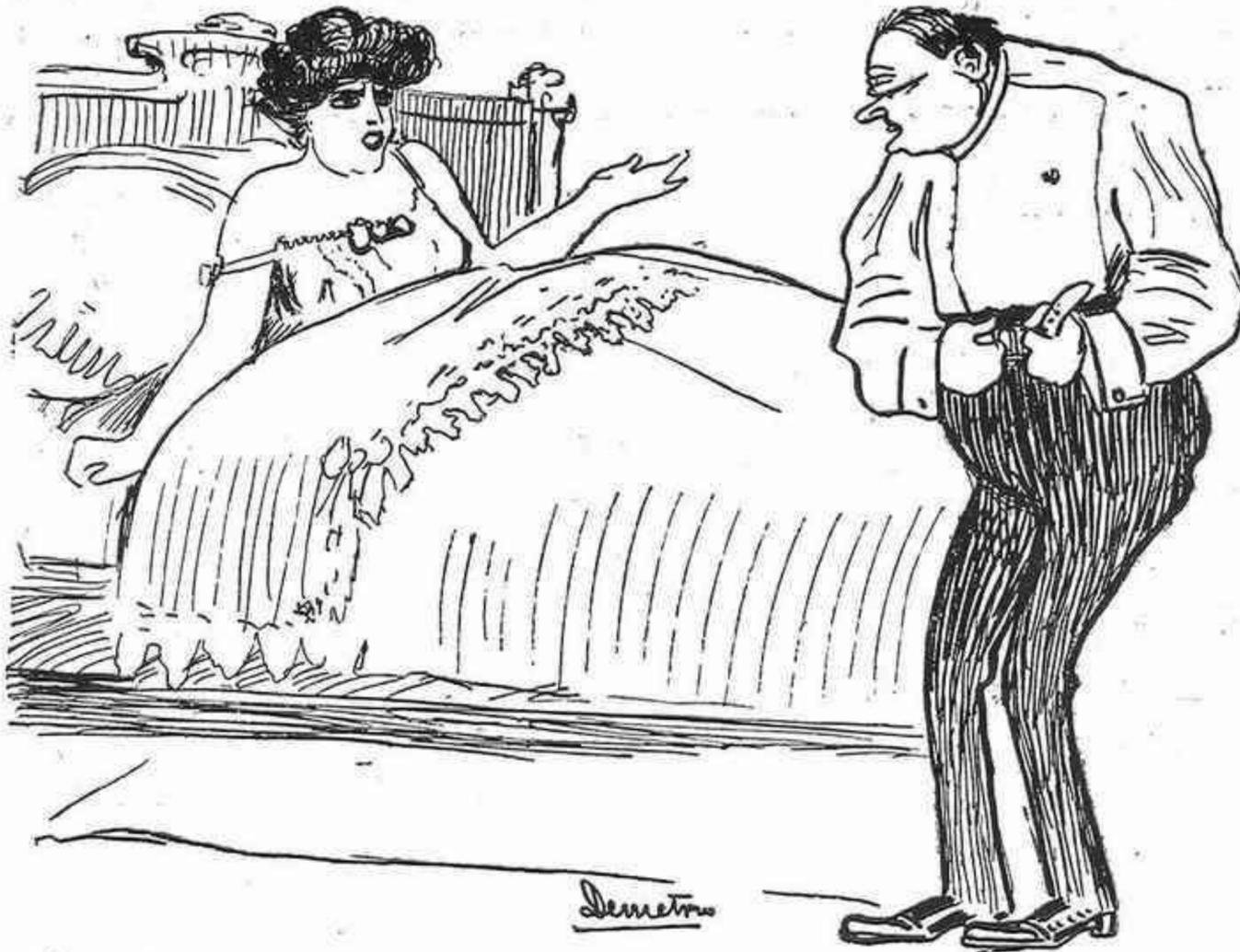
—De todos modos — añade el papá — es conveniente que sepas que no todas las novelas se pueden leer desde el principio al fin. Hay en ellas pasajes que se deben pasar por alto ó ruborizarse siquiera.

—Ya me ruborizo.

—Lo mejor sería que no leyese, que no deflorases tu inocencia en esas páginas licenciosas. Consérvate pura como tu madre. Ya te enseñará tu marido todo lo concerniente al amor conyugal.

Al llegar á este punto, suena el timbre de la escalera. La familia Pompón se estremece. Clarita consulta con sus papás por medio de una mirada candorosa, y se retira prudentemente. El futuro yerno aparece bajo los cortinones de la puerta. Es alto, rubio, guapo... Se parece mucho á nuestro caricaturista Demetrio... El señor y la señora de Pompón salen á su encuentro.

La conversación empieza por frases vul-



Él.—¿Insistes en no reconocer mi derecho?

Ella.—¡Pero si vamos á cuentas, tú no l'as tenido nunca!

cuerpo, los señores de Pompón piensan casar á su hija pronto.

Y, en efecto, la noche en que tengo el honor de presentar á ustedes esta honrada familia, que es cabalmente la del viernes último, los señores de Pompón están nerviosos, impacientes. La víspera, en uno de los pasillos del Banco de España, ha hecho amistad el ex mercero con un empleado, al cual ha revelado que es padre de una muchacha encantadora y con dote. El funcionario sonrió y solicitó, *ipso facto*, el honor de ser presentado á Clarita.

Ahora se espera en la casa la visita del pretendiente.

gares, pero el digno Aristides la anima en seguida, diciendo:

—Aunque no tengo la dicha de conocer á mi dulce prometida, á juzgar por el retrato que ya me hizo su señor padre, regularmente responde á mi ideal.

—Su ideal ha dicho —murmura la señora de Pompón—, debe ser poeta.

—Tanto como ideal —responde el padre

muy emocionado —, no sé... Pero sí le aseguro que es muy buena, y eso que siendo hija mía no debe... en fin... usted comprenderá...

LA SEÑORA DE POMPÓN.

—En efecto.

ARÍSTIDES.

—Sí, sí... ya... ya...

—En fin, amigo mío— rompe súbitamente el señor de Pompón, — aquí de lo que se trata es de que usted nos hable con el corazón en la mano.

—Para eso he venido.

—Perfectamente: entonces no le extrañará á usted que le haga ciertas preguntas.

—No, señor, no me extraña nada.

—Porque usted... seguramente... me refiero á los amores de la juventud.

—Sí... he amado.

—Eso siempre revela generosidad de alma.

—¿Habrá usted tenido alguna amante?

—Sí, cuando se ama se tienen amantes...

—Muy bien... Abrame usted su pecho...

¿Tiene usted una, verdad?

—Sí, señor.

—¿Y no podríamos obtener de esa... señorita un certificado diciendo que todo ha concluído?

—¡Caballero!

—Bieno— dice la señora de Pompón siempre benévola,—la cosa no es para

tanto... Con tal de que no haya tenido usted más que una...

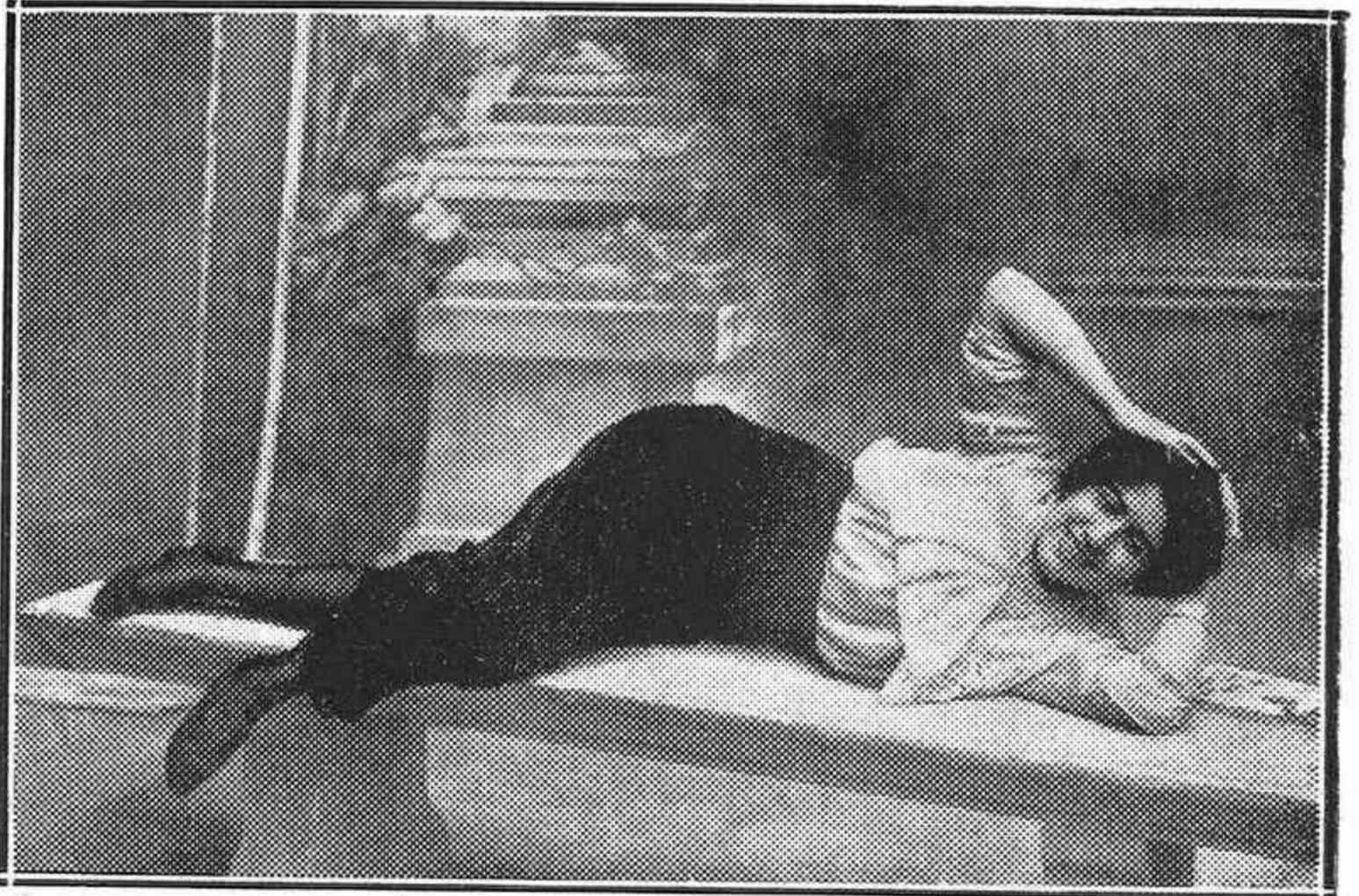
—Esperen ustedes (*recordando*): Serafina... una... Manuela... dos... Teresa... tres... Antonia... cuatro... Eso es, cuatro.

El señor de Pompón exclama con asombro:

—¡Cuatro!

—Ahora, señores míos—sigue el joven Aristides,— permítanme que á mi vez les

CÓMO VERANEAN NUESTRAS ARTISTAS



La Fornarina, en San Sebastián, después de leer LA HOJA DE PARRA.

haga alguna pregunta acerca de su hija...

—¡O sí! Nuestra hija es la misma inocencia, el candor personificado —responde orgullosamente el papá Pompón.

—Pues lo siento, la verdad... Habiendo tenido yo varias amantes, no puedo casarme con una mujer que no ha tenido ninguno.

—¡Qué horror! —exclaman los dos.

—¿Y por qué? —pregunta luego el señor de Pompón sonándose repetidas veces, sin dársele cuenta para dar salida por la nariz á la indignación.

—Sencillamente porque he llegado á ser un completo virtuoso del amor, y no me gusta perder el tiempo dando lecciones... elementales... A los pies de usted..., señorita... Bese á usted la mano, caballero.

Fernando Amado.

CON UN RELOJITO DE ESOS DE PULSERA.



ENTRE la noche y el día hay un entreacto. Es cuando la luz no llega todavía á lo alto de las fachadas. Sobre las ciudades flota una extraña luminosidad imprecisa. Y las puertas cerradas y los balcones cerrados nos dan una inquietante impresión de algo ciego y hostil. Las calles están desiertas. A esta hora os cruzaréis con algún hombre un poco siniestro, que camina sin ruido de pisadas y sin prisa, doblado el cuello sobre el pecho, con los ojos clavados en las baldosas y el ceño oscuro y apretado. Y los pasos vuestros rescarán en las calles como bajo una bóveda: hucos y estrepitosos. Vuestra ciudad, tan vuestra, os parece entonces una ciudad desconocida y absurda.

Y así, hasta que abren los portales unas mujeres rancias y pasa la churrera á vuestro



—A estas horas sin vestir. ¿Es que no vas á los Jardines esta noche?

—No, mamá; ya sabes que soy muy caprichosa y no quiero ir.

—Tan agradable como está aquello. Con tanta luz, y sin polvo.

—Pues precisamente por eso.

lado, y en la vidriera más alta clava el sol su primera sietta.

En esta hora templada para las confidencias es cuando el corazón de los hombres gusta de regalar sus secretos. En esta hora, mi amigo Werther se siente capaz de todos los kerósmos sentimentales.



El señor Avecilla...

Por eso Werther me ha contado su última tragedia, bajo esta luz del entreacto, que no es sol ni es luna.

Fué así:

Werther ha tenido hasta hace una semana una magnífica querida. Alta, muy elegante, muy bonita, muy codiciada, muy perversa, muy frívola, muy idiota y gentil.

La querida de Werther, mi amigo, sabe el precio de cada caricia y el precio de cada noche. Porque esta mujer ha pa-

sado por todos los aspectos de la feria del amor y por todas las tentaciones. Y, sin embargo, la querida de Werther es joven. Ved, pues, que cruzó muy aprisa desde la calle de la Garduña al Ideal Room.

Werther la conocía de años atrás; pero ella no fué nunca amiga de Werther, hasta que se cortó el pelo y cubría su cabeza con sombrero de plumas, y calzaban sus pies unos primorosos escaarpines de terciopelo, y aprendió á pintarse los labios y á perfumar su cuerpo. Entonces, ya la muchacha gentil cantaba cuplés en los *Music-halls* y había ido á París tres veces, y había acertado algún pleno en la ruleta.

Mi amigo Werther contaba la tragedia pálido, pálido, pálido á través de las sombras. Ya no lucían los faroles en las calles, y los ojos de Werther, como los de un gato, fosforescían. Las palabras sonaban en la calle, hueca, como el rezo de un fraile.

—Mira—dijo Werther—, yo viví con ella las noches de los madrigales, pocos, allá cerca del Parque del Oeste, bajo la luna, bajo las acacias en flor. Y era nuestro trono un banco de piedra. Y después de aquellas noches que para ella tuvieron el encanto de lo inaudito, supe el secreto de las noches de su alcoba.

Una noche, dos noches, tres noches, cuatro noches. Más...

Yo esperaba á que ella volviese con sus amigos los del Ideal Rom, de Parisiana, de los Burgaleses, de una excursión en auto. Y su mano larga, fina, helada, blanca—un lirio—me daba una llave como de plata. Muy ligera. Como ella misma. Y el lirio corría en su alcoba el costurón verde, que borraba la luz sobre los ojos de la morena.

*

Una hora.

Dos horas.

Fueron aquellas noches de las que dejan el recuerdo muy profundamente señalado. La codiciada plenamente aún supo envenenarme con caricias y con éter. ¡Oh, la noche del éter! Y después, impregnado mi cuerpo del perfume de su cuerpo, dormía bebiendo su aliento.

La tercera ponzoña.

Una hora.

Dos horas.

Corren dentro de su reloj de pulsera, con el que dormía. Un reloj de oro chiquitín, ceñido á la muñeca por una magnífica cadena bordada. Aquel reloj parecía un beso. Tan fitimo, tan pegado á la carne.

*

Y Werther ponía en el elogio de este reloj de pulsera una extraña efusión. ¡Oh, el reloj! ¡El reloj que había marcado las horas de su encantamiento! El reloj que á la una era una promesa; á las dos, una floración; á las tres, una embriaguez; á las cuatro, una separación. Y una noche el reloj marcó las horas de floración y de embriaguez más allá de las cuatro.

*

Werther siguió:

¡Oh, qué amargo el recuerdo de la última noche! Fué un dolor tan grande que se alejasen los recuerdos dulces hasta el olvido. Ella me despidió sin emoción alguna. Y me dijo:

—Mira, yo no te quiero. Tú eres un amigo como tantos otros. Porque mis besos no tienen valor pasional. Son unos besos sin importancia.

Y para Werther el reloj de oro no volvió á marcar ni la una, ni las dos, ni las tres.

*

¡Pobre loco, mi amigo Werther! Si supiera...

Yo ví ayer á su querida en el Retiro. Llevaba otro reloj: un lindo reloj exagonal de

plata, ceñido al brazo por un cintillo de piel tan blanca y tan suave como la de la morena gentil que tiene un lunar en la cintura. Y ella dijo:

—¿Le gusta? Me lo ha regalado un amigo. Un amigo que ayer vió en mis ojos el reflejo de la luz del techo de mi alcoba.

Y rió cínica, canalla.

Y yo sonreí.

*

Werther en una alcoba no tiene valor. Ni significó más que un reloj de pulsera para



—Vengo convencida de lo bruto que es ese dentista.

—¿Te ha dado muchos tirones para sacarte la muela?

—¡Cinco, y sin sacarla!

—¡Pobrecita, cuánto habrás sufrido!

la morena gentil que no puede ver muchas noches los mismos ojos, ni oír las mismas palabras, ni consultar el mismo reloj.

*

Yo, amigo de Werther, pongo aquí un recuerdo para mi amiga la del reloj de pulsera con cintillo de ante. Y esta jaculatoria:

—Bendita y alabada sea Nuestra Señora de la Frivolidad.

Ceferino R. Avecilla.

LO QUE LLEVABA EL CORREO



El correo de Irún estaba casi lleno el jueves de la semana pasada: la vida y corte había facturado y metido en él un regular pedazo de su alta sociedad y otro no menos regular de la mediana, con más algunos fragmentos de la baja. Me costó trabajo encontrar asiento, y si lo encontré fué gracias á la amabilidad de un pasajero obsequioso.. Miento, de una pasajera... Es



—Mamita, papá le ha llamado á la doncella *vincha y gachá*. ¿Eso está dicho en inglés?

—No, vidita mía. Eso está dicho en *sinvergüenza*.

decir, de los dos; pero si he de hablar á ustedes con la mano sobre el corazón ó con el corazón sobre la mano, quien más impresión me causó fué la pasajera.

Gordita, esbelta, con un seno provocativo y unos flancos enloquecedores, mi compañera de viaje empezó por impresionarme al tomar asiento junto á su linda humanidad. Me aflojó un tornillo, de los varios que todos poseemos ó debemos poseer en la región intelectual, entre Pozuelo y Las Rozas;

me aflojó otro cerca de Villa'ba, al pisarme por casualidad; me estropeó un tercero en la estación siguiente, con motivo de un estornudo mío que la hizo interesarse tiernamente por mi salud... Y ahora verán ustedes en lo que paró todo este desbarajuste tornillesco y psicológico.

La joven en cuestión viajaba con su tutor, un hombre decentemente vestido, bajo, rechoncho, moreno, chato, insustancial, á quien hubiera podido confundirse con el Sr. Moriones, el del Triánón Palace.

Al llegar el tren á El Escorial, como la viajera se viera dominada por una sed a dorosa, bajó del coche y se dirigió á la cantina á tomar un refresco. Como es natural—conste que hablo desde el punto de vista de la cortesía—me apresuré á acompañarla previa la venia de su tutor. ¡Ay! Yo también necesitaba otro refresco y un cerrajero, aunque en realidad la única herramienta capaz de apretarme y recomponerme los estropeados torrillos era mi compañera Clarita, para que sepan ustedes su nombre.

Empezamos á conversar entre sorbo y sorbo de una soda visiblemente apócrifa, y con la conversación se nos olvidó que el tren debía seguir su camino y nosotros con él, y cuando echamos á correr en busca de nuestro asiento respectivo ya estaba en marcha el «pesado convoy», como suelen decir los chicos de la prensa cuando se sienten literatos. El tutor nos llamaba desde la ventanilla; pero no era cosa de sentirse gimnasta ni de arriesgar la vida por treinta pesetas que valía el billete. Así, pues, resolvimos quedarnos en tierra hasta que pasara otro convoy.

Y, claro está, tomamos otra soda en espera de que esto calmase nuestro disgusto, cosa que conseguimos á los dos ó tres minutos. Clarita se resignó fácilmente á esperar á otro tren y yo me resigné á lo mismo; pero ocurrió que la soda nos abrió el apetito, y como no era cosa de desatender las razonadas voces del estómago, y además nos íbamos acostumbrando á la mutua compañía—un servidor sobre todo—, decidimos buscar un lugar apartado donde nos dieran de comer.

Busca por aquí, busca por allá, encontramos una especie de fonda, y digo especie, porque no estoy seguro de que lo fuese por completo. Clarita se resistía á sentarse frente á mí, en la misma mesa y en la soledad

de un gabinete, donde todo parecía brindar á que perdiésemos también el correo del día siguiente; pero cedió á mis instancias y á las del estómago, y empezamos á comer.

Al segundo plato me abrió el pecho, metafóricamente hablando, y me contó que era muy desgraciada con su tío, un ogro ventruado que la compraba guantes de dos pesetas y trajes hechos, y que tenía necesidad de un corazón amante, capaz de comprenderla y de hacerla feliz.

Os juro que tan sinceras confesiones iban empezando á conmoverme.

El tío me inspiraba repulsión y coraje con su tacañería.

Apenas oí lo del corazón amante, me puse en pie vivamente.

— ¡Ay, Clarita! ¿Quién sabe si el destino nos ha puesto uno enfrente de otro! ¿Quién sabe si él nos inspiró la idea de la soda! ¿Quién sabe, por último, si apresuró la salida del tren y dió á la máquina una velocidad que no puedo por menos de agradecer! Sí, Clarita, agradezcamos al azar la pérdida del tren, y amémonos. La juventud hierve en nuestras venas bajo la forma de roja sangre y el amor nos convida á dulces goces. Sellemos, pues, con esta comida nuestro mutuo afecto.

Clarita, muy ruborizada y encendida, no acertaba á contestarme; pero, en cambio, sus ojos dijeron todo lo que el labio callaba, y al abandonarme su trémula mano comprendí que hay silencios elocuentísimos.

— ¿Y mi tío? — me preguntó, al fin, correspondiendo inocentemente á mis caricias.

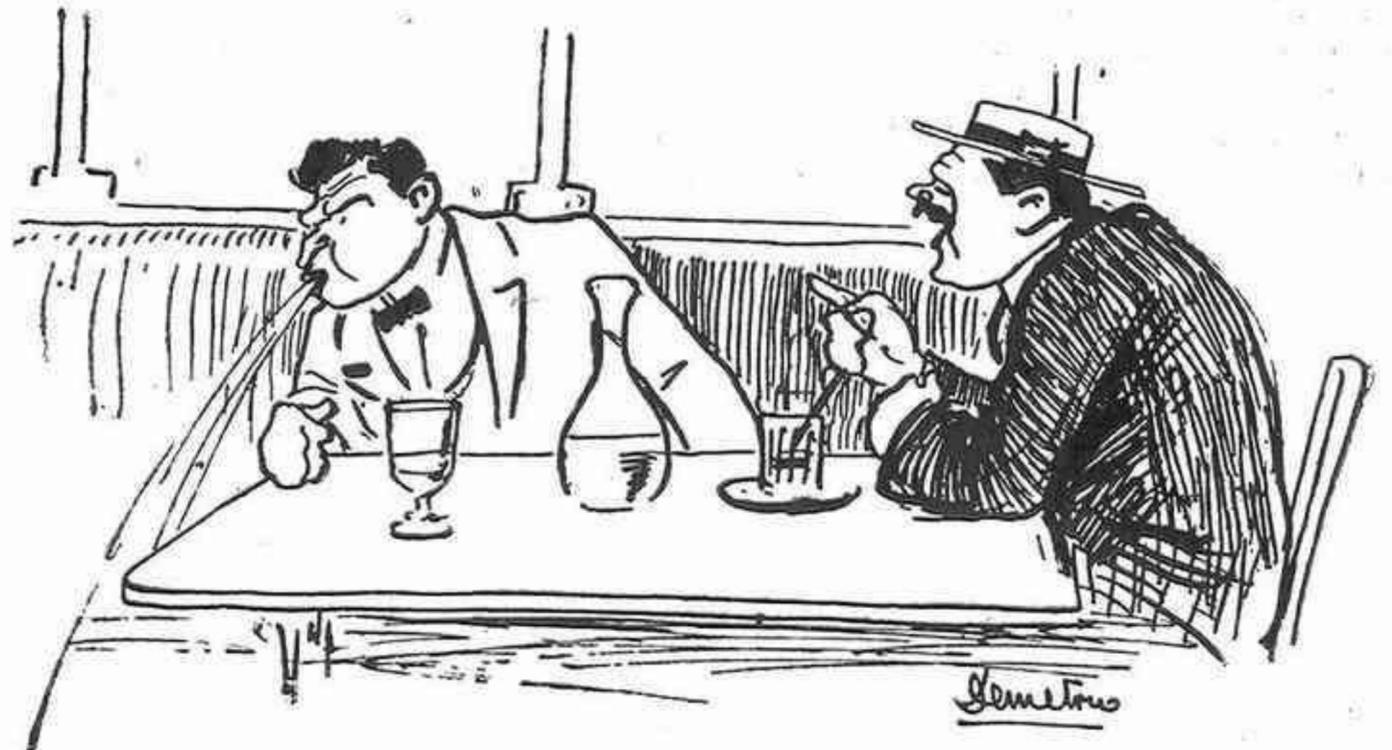
— Tienes derecho á protestar de su abandono y á solicitar otro tutor... Es decir, no protestes. Los tutores son todos terribles. Prescinde de toda tutoría económica y acógete á la protección del Amor. Lo malo será el dinero. Tu tío no querrá entregarte un céntimo si te rebelas.

— ¡Oh! No importa — contestó Clarita transfigurada de alegría. — Un solo instante de amor entre tus brazos vale más que todos los tesoros del mundo.

Debo confesar á ustedes que me ruboricé modestamente.

Félix Recto

San Sebastián, 10 Julio.



— ¡Que asco de agua, está como el caldo!

— Pues mira a qué cosa más rara, á mi mujer hay que quitársela de la boca cuando está caliente, porque se atraca.

INTIMA

Aproxímate más... así... muy cerca, que perciba en mi rostro las caricias que llenándome el alma de ventura me produces el aliento que respiras y anheloso me mire en esos ojos más negros que el abismo á que me inclinan. Aproxímate más... como otras veces en que junto á mi faz tu faz divina al compás se mezclaba nuestro aliento de un corazón que por los dos latía... Ya sé que no me quieres; que me engañas; que son tus besos de pasión fingida... Pero es tal el placer que á mi alma inunda cuando beso tu boca pequeñita que deseo, ¡de veras te lo juro!, que me engañes así toda tu vida.

R. Luján Fayos.

LEA USTED EL JUEVES

EN LAS CAVERNAS

20 CÉNTIMOS

DE UN AGENTE⁽¹⁾

REDIEZ, con los dependientes del cine! Dicen que no se puede...

—No se puede, no.

—¿Que no? Pues ya estoy dentro. ¿Pero no se acuerda usted de mí? Recaredo, el hijo de aquel señor regordete, que tocaba el piano...

—¡Ah! Ya caigo.

—El mismo; es decir, ahora no soy el mismo, porque soy agente de artistas de variedades.

—Pero, ¿cómo te has hecho agente?

—De golpe y porrazo. Comencé á tratar á los artistas; ví lo fácil que es el negocio, y... como á usted la conozco dende lo de mi padre, he dicho: voy á enseñarle lo que tengo, por si le conviene algo.

—Se ha visto tanto en el género.

—Es que no crea usted que me dedico á cupletistas y bailarinas solamente. Represento una casa de París que quita la cabeza. Y si no, fíjese usted en esta litografía: *Monsur Sardinetti*, mímico-acrobático-musical. Toca la bandurria con un punzón, da el salto de la garrocha y se afeta dando vueltas sobre un catre de tijera.

—¿Y le aplauden?

—Particularmente las señoras, se vuelven locas con él, en el catre. La *Bella Percebete*, artista sugestiva y fresca.

—¿Pero sale así á escena?

—Eso quisiera el público. Esta postal se la hicieron á ella por sorpresa.

—Sí que hace falta estar distraída.

—Como que pa mí, cuando la retrataron, se le había olvidado ponerse la camisa. Los *Tres Pelindukis*, juegos malabares, juegos de prestidigitación, juegos...

—Paso.

—El *Caballero Barriguini*, ventrílocuo virtuoso; treinta autómatas, mil kilos de equipaje y dos viajes en burro. Tiene cada tимо que asusta.

—Por eso no lo traigo.

—Las *Hermanas Pamplinas*. Fíjese, qué caras.

—¿Cuánto?

—Sesenta pesetas.

—Sí que son caras...

—Es que visten como los ángeles.

—Quita ropa.

—Como los ángeles ligeros de ropa. Vaya unas hermanas, vaya una pareja... Como peguen, se hace usted rico.

—Según lo que peguen...

—¿Quiere usted una domadora de grillos? Le advierto á usted que le haría un gran favor, porque esto es para más de tres meses...

—Pues que coja los grillos y se los grille.

—¿Quiere usted los *Reyes de la Frescura*?

—¿Qué hacen ahora?

—Saltar en unión de una característica,



—Pues yo no creo que sea capitán de la reserva.

—En esa creencia estaba yo; pero me llevó á su casa para enseñarme el uniforme, y me hizo ver las estrellas

(1) Del libro *Alaridos eróticos*, que acaba de poner á la venta, al precio de una peseta, el saladísimo Luis Esteso.

que se ha casado con el director, y es un horror lo que gustan.

—¿Pero?...

—Dan tres saltos simultáneos pa final y telón. El director, de un salto desde la concha, se tira á las bambalinas; el otro, desde el público, se tira á la concha de un salto, y la característica, desde el escenario, se tira al público.

—Sí que es de efecto el final. ¿Cuánto cobran?

—Poco; yo les hablaré, y vendrán con un tanto alzado ca la uno, porque con la mar de simpáticos; y particularmente ella, negocio que cae por su mano, lo aumenta.

—Dios quiera.

—Ultimo número. *Marisi y su tío*, dueñistas á media voz. Presentación antigua y transformistas á vista del público. El sale de chupa y calzón corto; ella de manola; dan una vuelta, y á él se le ve el traje de ella, y á ella, la chupa.

—¿De veras? Pues que vengan los *Reyes de la Frescura*.

—Firme usted los contratos, y si le conviene, que debute un tío muy fresco...

—¿Quién es?

—Pues... *El Rey del hambre*.

Luis Esteso

EN CONSTANTINOPLA...

CUANDO EL VIENTO SOPLA...



EN los alrededores de Constantinopla, ó, como si dijéramos, en las mismas barbas del Sultán y al alcance de las puntas de sus babuchas, vive un griego anacoreta tan bueno, tan simpático y tan eficaz consolador de ajenos dolores, que sus vecinos adoran en él.

Se llama Saúl: es un mocetón de treinta años, ágil y fuerte como el toro que no ha recibido amansadoras enmiendas.

Saúl es un fanático y también un héroe: no teme nada, su ánimo no flaqueó jamás ante ningún peligro; bajo el sol ardiente de Agosto, como sobre las nieves de Diciembre.

—¿Cual es la historia de fray Saúl?

Nadie puede vanagloriarse de conocerla exactamente. Unos dicen que es un maniático, otros que un arrepentido; no falta quien achaque tanta austeridad á un gran

desengaño de amor. Lo cierto es que el joven anacoreta es insensible á cuanto trasciende á reposo, molicie ó placer carnal. Varias cortesanas de Constantinopla, atraídas por el olor de santidad y por la viril guapeza del fraile, quisieron provocarle al



—Canario. ¡Sí que estás maciza!

—¡Pobrecito! ¿Sudarás mucho?

—Sobre todo por el cogote.

pecado; mas hubieron de volverse del bosque donde Saúl vive, chasqueadas y corridas. Saúl parece, en su orgullosa impassibilidad, una figura de mármol.

La prensa de Atenas refiere el drama horroroso de fanatismo desarrollado entre fray Saúl y la cortesana hebrea Raquel. Mortificada en su amor propio por las pullas de

Lea usted el jueves en EL LIBRO POPULAR

EN LAS CAVERNAS

NOVELA POR LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

20 CÉNTIMOS

varias amigas que sostenían cómo no hay encanto ni caricias femeninas que valgan ante la voluntad del hombre que quiere resueltamente ser virtuoso, Raquel apostó sus mejores pendientes á que ella sabría vencer la circunspección de fray Saúl, cuya castidad inabordable, unas de oídas y otras por personal experiencia, habían celebrado.

No es difícil recomponer la escena representada por Raquel y el anacoreta.

—Vengo á visitarte porque le amo.

—Yo también te quiero—repuso Saúl— como quiero á todos mis semejantes, á quienes amo en Jesús.

—Eso no basta—replicó la joven—; vives solo y triste y deseo consolarte; tu juventud, tu virtud y tu belleza, merecen consolación.

—Mujer, tú, por más que lo intentes, no podrás consolarme: mi pena es una inquietud que ningún bien terrenal aplaca.

Y así discutiendo, resistiendo uno y provocando la otra, llegó aquel momento decisivo en que Raquel, sintiéndose vencida, quemó el último cartucho de sus seducciones, acomodando sus nalgas macizas sobre las rodillas del ermitaño. Fuera de sí, creyéndose perdido, fray Saúl echaba la cabeza hacia atrás, rechazando aquel llamamiento formidable de la vida.

—Amame—balbuceaba Raquel—; recrea

tus manos en mí; pálpame... respírame... tómame... soy tuya...

Eran llegados aquellos momentos angustiosos en que se ama ó se muere. Saúl se levantó, murmurando:

—Espera...

Y desapareció en la habitación contigua; medio minuto después, Raquel le siguió. Pero ya su solicitud era inútil; fray Saúl, armado de un cuchillo, se abataba de realizar en su cuerpo la más cruel de las amputaciones.

—Ya—dijo con una voz solemne en la que no había temblores—, aunque quisiera ser débil, no podría: mis votos se han salvado...

Clemente de Castro.

EL LIBRO POPULAR

(Editado por la Empresa de «La Hoja de Parra»)

QUE PUBLICA TODOS LOS JUEVES UNA NOVELA COMPLETA Y RIGUROSAMENTE INÉDITA, ILUSTRADA 32 páginas en papel couché: 20 céntimos

NÚMERO PUBLICADO

LA INFANTICIDA

por JOAQUIN DICENTA

EL JUEVES PRÓXIMO

EN LAS CAVERNAS

por la Condesa de PARDO BAZAN

Seguirán durante el primer trimestre originales de los Sres. José Nakens, Tomás Luceno, Pedro de Répide, Juan Pérez Zúñiga, Alberto Insúa, Luis Morote, Eugenio Sellés, Antonio Cortón, Don Modesto, Eduardo Zamacois, Antonio Viérgol, Felipe Trigo, Colombine, Antonio Zozaya, Carlos Miranda y *El Duende de la Colgiata*.

SIN EXCEPCIÓN

No se admitirá original que no se haya solicitado

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

EL PARAISO

Alcalá, 149.—Teléfono 2.414

DELICIOSO PARQUE DE RECREOS

Varietés.—Cinematógrafo.

Banda militar.—Patines.

Law-tennis.—Cable aéreo.

Trinquete Americano.—Ti-

ro al blanco.—Etcétera.

El sitio más agradable de Madrid

Tarde, á las siete.—Noche, á las nueve y media.

LA HOJA DE PARRA

● REVISTA FESTIVA ●

APARECE LOS SÁBADOS

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.—NÚMERO ATRASADO: DIEZ CÉNTIMOS.

APARTADO DE CORREOS, NÚMERO 547.